

## SERMON

### PARA EL QUINTO DIA DE LA NOVENA.

DE LA CARIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA EN ÓRDEN AL PRÓJIMO.

**Debemos amar á nuestros prójimos, por ser mandato espreso de Jesucristo.**

*In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviéreis caridad entre vosotros.

Joan. cap. XIII, v. 35.

Cuando tiendo mi vista por el cuadro triste que presenta la sociedad de nuestros dias, y observo la corrupcion de costumbres que se aumenta de un modo extraordinario, merced á esas doctrinas destructoras de toda moral, y que hombres libertinos esparcen por todas partes: cuando no se escucha otra cosa que un lenguaje afectado y palabras finjidas, y un egoismo funesto se ha apoderado de los corazones, en términos que nada significan para muchos las aflicciones y desgracias del hermano, y escucho por último esa sátira mordaz con que sin reparo de ninguna clase, y como

para constituir la sal, el alma de la sociedad ó tertulia, se echa por tierra la honra del venerable ministro del altar, el honor de la tierna doncella, la fama bien adquirida de cualquier hombre, no puedo menos de recordar el amor que entre sí se profesaban los fieles de la primitiva Iglesia. Entonces ¡oh tiempos felices sobre toda ponderacion! entonces unidos los cristianos con los vínculos de la caridad, se socorrian mutuamente, de suerte que ninguno experimentase el estremo de la necesidad. Amándose todos como hermanos, lejos de emplear sus lenguas en hablar mal unos de otros, se daban consejos saludables, cubriendo las faltas en aquellos que las descubrian. Y hasta las oraciones eran comunes: en todo habia participacion. ¿Quién se postraba en tierra y elevaba sus ojos para orar, que no pidiese á Dios por sus hermanos? ¿Qué cristiano comió con tranquilidad el pan al frente de un pobre, sin partir con él la dádiva de la Providencia? ¿Quién gozaba nadando en la abundancia sin ejercer la limosna? ¡Ah! que los desórdenes que hoy son tan comunes en los hijos de la Iglesia, esa licencia que se advierte en toda clase de personas, ese cinismo tan escandaloso que hace al hombre fijar su planta en gradas cubiertas de sangre para elevarse en la sociedad; ese orgullo, esa vanidad con que los ricos desprecian á los pobres, todo me horroriza y llena de dolor y de tristeza mi corazon.

Cristianos del siglo XIX, ¿sois vosotros hijos de la Iglesia católica? ¿Profesais la misma religion que los cristianos de los primeros siglos? ¿Se os ha predicado y enseñado la misma doctrina que se les enseñara á ellos? ¿Pues como es que obráis de un modo tan contrario al suyo? ¿Cómo es esa diferencia de costumbres? Empero

no os canseis en esplicarme la causa que os ha reducido á tan triste estado, pues que bien clara es á nuestra vista. La palabra filantropía sustituyó á la de caridad divina; á las asociaciones de caridad, sobre las que cayeron las chispas de las revoluciones y trastornos, sucediéronse reuniones, que á pesar de tener por objeto el alivio de la miseria, tuvieron que desaparecer por sí mismas, por no estar basadas en la caridad.

¡Cuán hermosa, cuán civilizadora es la caridad! Ella bajó del cielo para unir los corazones, y en todo tiempo ha sido la vida de las sociedades y el alma de la religion. Ella une á los hombres en una misma fé, en un mismo bautismo, en un mismo y santo objeto. Dadme una sociedad donde haya caridad, donde el principio de caridad esté arraigado en los corazones, y yo os daré una sociedad de ángeles. Porque la caridad evita las discordias, une los ánimos, remedia la indigencia, mitiga el fuego de las pasiones, y conduciendo al hombre por caminos rectos le justifica, le hace santo. Imposible me parece concebir un cristiano sin caridad, un cristiano que deseando el bien para sí, no lo procure para sus semejantes. Jesucristo, cuya vida entre los hombres fué una vida de pura caridad; Jesucristo que descendió del cielo para efectuar la mas sublime obra de caridad que vieran los siglos, cual fué el padecer y morir en un madero por salvarnos, y que durante su peregrinacion entre nosotros estuvo siempre haciendo bien y dispensando beneficios sin número á las criaturas, nos manda espresamente que practiquemos la caridad, y por esta práctica quiere que entre todos los hombres sean distinguidos los que son sus discípulos. *In hoc cognoscent*

*omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem.*

Cuando se nos ordena por la Iglesia como condicion necesaria para salvarnos el que amemos á Dios, se nos añade que amemos tambien á nuestros prójimos. *Diliges proximum tuum sicut te ipsum.* Estos dos preceptos van tan unidos entre sí, que no puede haber separacion entre ellos: cumpliendo los dos se cumplen todos los preceptos de nuestra ley (1). Ninguno amó á Dios verdaderamente que no amase á sus prójimos. Si leéis las vidas de los santos, de esos bienaventurados que pasaron una vida escondida en Jesucristo, vereis siempre brillar en ellos los rasgos de la caridad fraterna. Admirásteis ayer el amor de María Santísima hácia Dios: pues bien, si quereis ver el modo como unió á aquel amor principal el amor de las criaturas, y los beneficios que siempre les dispensó y sigue ahora dispensándoles desde el cielo, yo os presentaré en esta tarde pruebas incontestables.

¡Ah! ¿y una lengua como la mia será suficiente para demostrar esa copia de beneficios que la Virgen Santísima ha dispensado siempre y en todo tiempo á la humanidad? Si los Santos Padres y los mas eruditos entre los escritores piadosos no han encontrado espresiones bastante elocuentes para espresarse en esta materia, necesitaria yo una lengua angelical para llenar mi cometido. No obstante, ayudado por superiores auxilios yo os demostraré que *debemos amar á nuestros prójimos, por ser mandato espreso de Jesucristo.*

(1) Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et in tota anima tua, et in tota mente tua. Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simili est huic: diliges proximum tuum sicut te ipsum. In hi duobus mandatis universa lex pendet et prophetæ. Math. capitulo XXII, v. 37, 38, 39 y 40.

El ejemplo del modo tan heroico con que María nos ama, nos estimulará á su práctica.

Divino y amadísimo Redentor; ¡fuego eterno de caridad divina! Salvador adorable que quisisteis que vuestros discípulos fuesen conocidos por el amor mútuo: dignaos iluminar en esta tarde el tosco entendimiento del mas ignorante de vuestros ministros, para hablar con dignidad de esa caridad que tanto nos habeis recomendado; purificad mis lábios como al Profeta, y poned en ellos palabras de vida eterna, que penetrando hasta los corazones de mis oyentes logre frutos admirables; comunicadnos á todos la caridad, don perfecto, precioso y estimable, que como todos los dones proceden de vuestras divinas manos: concededme en suma la gracia de persuadir y mover por la intercesion de esa Reina Soberana María Santísima, modelo perfecto que nos dejasteis para nuestra instruccion, y á la que para obligarla á interceder por nosotros, la saludamos respetuosamente con las expresiones mismas con que la saludara el Arcángel San Gabriel cuando concibió en sus purísimas entrañas á la caridad eterna. *Ave Maria.*

#### PARTE ÚNICA.

¡Caridad!... Ved aquí, señores, un asunto sublime de suyo que no debia ser necesario predicarse á los cristianos, y mas en la presencia de Jesucristo, porque una imágen suya, ó el solo recuerdo de lo que ha hecho en favor de la humanidad, habla al corazon con mas elocuencia que encontrarse puede en los mas acabados discursos de la ciencia humana. Este es el Precepto propio y peculiar de Jesucristo, y la caridad

de que tantos ejemplos nos ha dado en su admirable vida, nos la intimó en los solemnes momentos en que se disponia para consumir aquel sacrificio de valor infinito, que ofrecido en el árbol de la cruz al Eterno Padre, habia de librarnos de la cautividad del demonio. No pregunteis ya, cristianos, cual es el motivo que nos impele á los oradores evangélicos para predicar continuamente la caridad, para hacer á este asunto objeto principal de la mayor parte de nuestros sermones. El discípulo amado de Jesucristo, que habia merecido ser el depositario de las mayores confianzas de su Maestro, que habia comprendido todo el espíritu de la nueva religion, no predicaba otro sermón á los fieles que la caridad, y esto en tal grado, que llegaba á hacerse importuno. Esta es, decia el santo Apóstol, la doctrina que habeis recibido desde el principio, que os ameis unos á otros: el que no ama está en muerte: cualquiera que aborrece á su hermano es homicida, y el homicida no tiene vida eterna que permanezca en sí mismo. En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que puso su vida por nosotros, y nosotros debemos poner la vida por nuestros hermanos (1). ¡Qué lenguaje mas sublime! ¡Qué doctrina tan consoladora para la humanidad! Ved aquí el por qué de nuestras exhortaciones continuas sobre punto de tanto interés, de tan positivas ventajas para el mejor orden de la sociedad. No es esta ciertamente la doctrina de la filosofía, de esa filosofía que no obstante llamarse mo-

(1) Quoniam hæc est annuntiatio, quam audistis ab initio, ut diligatis alterutrum .. Qui non diligit, manet in morte; omnis qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis homicida non habet vitam æternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere. I. Joan. cap. III, v. 11, 14, 15 y 16.

derna es un retrato fiel de la pagana. ¡Caridad!... No es este el grito de la impiedad, no es esta la voz de esos hombres que ávidos de riquezas y goces mundanos, tan solamente saben esclamar. ¡Egoísmo! ¡Ambición! ¡Viva yo aunque mueran mis semejantes!

¿Y qué sería, señores, de la sociedad si en general faltase la caridad, ordenada y enseñada por Jesucristo? Yo apelo á vuestra ilustración, á los hombres de buen sentido. ¿No veis por todas partes y en todos los pueblos cristianos tantos hospitales y casas de misericordia levantadas por la piedad de los fieles, y donde el desgraciado huérfano, la desvalida viuda, el atribulado tullido encuentran un pedazo de pan con que alimentarse, ves idos con que cubrir sus carnes, y un lecho en que dar descanso á su cuerpo? ¿Y á quién deben tanto bien? A la caridad cristiana. Dije que apelaba á los hombres de buen criterio. Pues bien: leed la historia del paganismo: contemplad el estado en que se hallaban las sociedades antes de la venida de Jesucristo, y haced un paralelo con lo que hoy vemos en las sociedades cristianas. Quiero adelantar mas: haced este mismo paralelo entre las naciones que no profesan la religion católica, y las que como la nuestra viven en la doctrina del Salvador y profesan la doctrina ortodoxa de la verdadera Iglesia.

Y desde luego, y en cuanto á lo primero, ¿qué legislador del paganismo conocia el primer fundamento de la humanidad, cual es el amor de los semejantes? Ninguno, toda vez que el egoísmo era la base de la sociedad. Sus costumbres, sus leyes, eran las mas absurdas: en unos pueblos se habia introducido el uso bárbaro que autorizaba la destruccion de los niños aun antes de su nacimiento. Licurgo ordenó

que todos los niños declarados de tener una deformidad, fuesen precipitados desde la altura de un monte. Véase á un semejante en el colmo de la aflicción, y al vérselo cubierto de una lepra, ó padeciendo una grave necesidad, lejos de socorrérsele, se huía de él como de un hombre maldito por Dios. ¡Oh religion divina y sacrosanta de mi Dios! A tí sola estaba reservado el unir á los hombres con los vínculos de la caridad. Tú eres la que habias de regenerar las sociedades suavizando sus leyes, moralizando sus costumbres, desterrando esos usos bárbaros, que haciendo desconocer al hombre su origen y su semejanza con el Criador, le asemejaban á las bestias. Qué digna eres de que te bendiga el huérfano, la viuda, el enfermo, el atribulado, porque en esa caridad hermosa que predicas, y que es practicada por tus buenos hijos, encuentran todos amparo, consuelo y protección. Comparad, mis amados oyentes, estas hermosas prácticas de la caridad católica, con la beneficencia y la filantropía de los pueblos separados del catolicismo. Sin ir mas lejos, fijad vuestra vista en Inglaterra, en esa Inglaterra jardín un dia de la católica Iglesia, patria de los Tomases Cantuarienses, de los Serapios y de otros muchos héroes de la religion, y hoy centro de los grandes errores que en ella pupulan desde el momento en que, separándose de la unidad católica, abrazó el protestantismo. ¿Dónde se encuentran hoy aquellos caritativos asilos de caridad que en tanto número estaban sembrados en aquel desgraciado suelo? ¿Dónde están aquellas pingües rentas con que se sostenian y que habian sido donativos de la caridad de los católicos? ¿Dónde está aquel amor mútuo, aquella caridad que hacia llevadera la desgracia?

¿Dónde aquellos monasterios donde encontraban su alimento tantos millares de pobres? Todo desapareció desapareciendo la Iglesia católica, y durante el tiempo de la reforma mírase la pobreza como un crimen, publicanse decretos contra los pobres, y al tiempo mismo que nada se hace por procurar su alivio, prohíbeseles hasta el implorar una limosna. Y esto sucede en la grande Inglaterra, en esa nacion ilustrada que se tiene por maestra de política y por la mas poderosa del mundo: esto sucede en ese reino arrastrado al envilecimiento y al error por la maldad, por el cinismo de sus pasados monarcas. La religion de Inglaterra es la reforma de Lutero. No estrañeis ya todos sus males, toda su degradacion. Lutero y sus secuaces enseñaban que no eran necesarias las obras buenas para la salvacion, sosteniendo que sola la fé era necesario y que con ella no podian cerrarse al hombre las puertas de los cielos. La caridad era un estorbo para su ambicion y egoismo, y por esto esos hombres que se tomaron la libertad de interpretar las santas Escrituras y acomodar los testos sagrados á su arbitrio, suprimieron de su Biblia la epístola de Santiago, porque en ella se recomienda eficazmente la caridad y las buenas obras: mientras tanto el sacrilegio, el adulterio, el incesto y otros vicios son mirados como acciones naturales y bajo ningun concepto pecaminosas (1).

(1) El que desee enterarse á fondo y conocer las desgracias que han venido sobre la nacion inglesa desde que abrazó el protestantismo, el estado del pauperismo en ella, el desconsolador cuadro que presentan sus asilos y hospitales, lea la obra nada sospechosa por ser de la pluma de un inglés protestante, cuyo título es: *Historia de la reforma protestante en Inglaterra e Irlanda*, por William Cobbet. Con documentos clarísimos é innegables, prueba en ella que dicha reforma ha empobrecido á aquellos pueblos por haber sustituido á la caridad cristiana la moderna beneficencia, la tan decantada filantropía.

Empero concretándonos á nosotros mismos y á nuestros deberes religiosos y sociales, solo con saber que la caridad para con nuestros semejantes es un precepto de Jesucristo tan recomendado en las sagradas páginas: solo con saber que el Salvador quiere que seamos conocidos por discípulos suyos por la práctica de esta virtud reina, basta para que nos decidamos á practicarla. ¿Y de qué medios nos valdremos para ejercitarla en toda su estension? ¿Cómo daremos cumplimiento á este soberano decreto? Quiero, señores, por vuestro bien, por vuestra utilidad, por vuestra instruccion que lo veais teórica y prácticamente. El apóstol San Pablo nos esplicará las cualidades de la caridad, y la Santísima Virgen haciéndonos ver como la practicó en favor de sus prójimos, os precisarán á que dirijais vuestros pasos por el hermoso camino del amor. Oid cómo se espresa el Apóstol, hablando de esta virtud en su carta primera dirigida á los Corintios. En primer lugar quiere hacernos ver que de nada sirven las otras virtudes si falta la caridad, sosteniendo de todas ellas. *Si yo hablase lenguas de hombres y de ángeles y no tuviere caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe. Si estuviera en profecía, y supiese todos los misterios y cuanto puede saberse, y si tuviere tanta fé que trasladase los montes y no tuviese caridad, nada soy* (1). En seguida quiere demostrarnos las cualidades ó caracteres que ha de tener la caridad, y se esplica de este modo: *La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece; la caridad no es ambiciosa; no busca su provecho, no se mueve á ira, no piensa mal: no se goza en la iniquidad, todo lo es-*

(1) I. ad Corint. cap. XIII, v. 1 y 2.